

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Sobre lo decible. El problema del cuerpo y la singularidad en la constitución de la identidad.

David Cohen.

Cita:

David Cohen (2011). *Sobre lo decible. El problema del cuerpo y la singularidad en la constitución de la identidad. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/180>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sobre lo decible. El problema del cuerpo y la singularidad en la constitución de la identidad.

David A. Cohen

Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires. Abogado.

david@dynathos.com

Este trabajo se propone investigar las características del proceso de constitución de la identidad, tomando en consideración el problema de lo *propio* y de lo *ajeno* y sus alcances en el ámbito cotidiano.

Se cuestiona la idea de sujeto fáctico, aquello que es, acercando la hipótesis de un sujeto biográfico, entendido como aquel que se define en su *singularidad*, en su particular *modo* de ser y considerando a la identidad como aquello a través de lo cual un individuo puede discriminarse de otro. En este sentido, el cuerpo ocuparía un lugar primario al ser lo que establece la distancia física y lo que determina el espacio de lo *propio*.

Ahora bien, ¿hasta dónde el cuerpo le pertenece al sujeto? ¿Qué sucede si a este cuerpo físico se le reemplaza un órgano, sigue siendo el mismo? ¿Puede el cuerpo propio presentarse al sujeto como un extraño?

Este estudio intenta repensar la categoría de cuerpo enfatizando su carácter de escenario complejo en el que la identidad, singularidad e individualidad se constituyen. Para esto se problematizará sobre la relación entre cuerpo y subjetividad tomando como punto de partida a Baruj Spinoza y su concepción de *composición*.

Pensar la identidad del sujeto requiere encontrar elementos que permitan exaltar lo propio como único, aquello que pueda distinguirlo. Para esto, se toma el *lektón* griego, lo dicho, aquello que el sujeto cuenta, su testimonio, no como un hecho fáctico, sino como un relato constitutivo.

Palabras claves: cuerpo, modo, identidad, composición, relato.

SOBRE LO DECIBLE. EL PROBLEMA DEL CUERPO Y LA SINGULARIDAD EN LA CONSTITUCIÓN DE LA IDENTIDAD.

Pensar el sujeto es preguntar por su identidad. Si no es posible distinguir un hombre de otro, se reconocería que todos los hombres son iguales. Tomando algunas referencias esta idea puede darse por cierta, de hecho, en algún sentido se puede afirmar que todos los hombres tienen características comunes. Aquí se presenta el cuerpo como elemento objetivable de esta hipótesis que este trabajo pretende problematizar. ¿Hay tal objetividad? ¿Se puede definir un cuerpo universal? ¿Es el cuerpo un determinante en la constitución de la identidad del sujeto? Esta investigación intenta repensar la categoría de cuerpo enfatizando su carácter de escenario complejo en el que la identidad, singularidad e individualidad se constituyen. Pensar la identidad del sujeto requiere encontrar elementos que permitan exaltar lo propio como único, aquello que pueda distinguirlo. Si bien el cuerpo puede ser un punto de partida, también es necesario investigar lo incorpóreo del sujeto. Para esto, se toma el *lektón* griego, lo dicho, aquello que el sujeto cuenta, su testimonio, no como un hecho fáctico, sino como un relato constitutivo.

La pregunta que se intentará responder es: ¿Qué determina la identidad de un sujeto? Deben encontrarse elementos que puedan distinguir una persona, rasgos que, pese al movimiento inherente de una existencia, permanezcan quietos y posibiliten saber quién es. El cuerpo pareciera ser el lugar por el que se debe comenzar. Habría que leerlo como a un mapa y ver su topografía, marcas, distancias, seguir sus huellas, y definir su territorio y a quien le pertenece luego de un estudio suficiente.

El cuerpo: ¿fáctico o cinético?

Si el cuerpo es un *factum*, aquello que es, su misma naturaleza lo expone para realizar el análisis y definirlo. Mediante este ejercicio el sujeto quedaría atrapado dentro del órgano y con él su identidad. Así lo explica Emmanuel Levinas: "...su adherencia al yo vale por sí misma. Es una adherencia de la cual no se escapa y que ninguna metáfora podría confundir con la presencia de un objeto exterior; es una unión a la cual nada podría alterarle el gusto trágico por lo definitivo." (Levinas, 2001, p.16).

El yo está *encadenado* al cuerpo, así lo uno responde por lo otro, están unidos, amalgamados. El yo puede resultar un enigma, pero no así el cuerpo predecible que lo revela dejando al descubierto cualquier secreto. Hay una captura, el sujeto queda prisionero de un cuerpo que lo envuelve. "Lo biológico, con todo lo que comporta de fatalidad, se vuelve algo más que un objeto de la vida espiritual, se vuelve el corazón." (Levinas, 2001, p. 16).

Siempre que se piense al cuerpo como fáctico, el encadenamiento de del yo al órgano se presenta como una condición de base. El cuerpo le pertenece y es del sujeto. Sería difícil pensar un hombre que viva su propio cuerpo como un extraño.

Será Jean-Luc Nancy, filósofo contemporáneo, quien se encargue de cuestionar este supuesto a propósito de un trasplante de corazón al que fue sometido. Esta experiencia lo conduce a indagar sobre la nueva relación que tiene que establecer con su propio corazón, del que ya no está seguro de poder definir como propio. Aquél órgano vital que le permite seguir con vida es un *intruso*. Esta situación lo lleva a redefinir la concepción del cuerpo. ¿Hasta dónde el cuerpo le pertenece al sujeto? ¿Puede resultar el cuerpo un extraño? “Mi corazón tiene veinte años menos que yo, y el resto de mi cuerpo tiene una docena (al menos) más que yo. De este modo, rejuvenecido y envejecido a la vez, ya no tengo edad propia y no tengo propiamente edad [...] Con un mismo movimiento, el yo más absolutamente propio se aleja a una distancia infinita, ¿A dónde va?, ¿A qué punto de fuga desde el cuál pueda proferir todavía que esto sería mi cuerpo?” (Nancy, 2007, pp. 42-43). En la experiencia de Jean-Luc Nancy el cuerpo biológico se presenta como un extraño, lejos de definir el espacio de lo propio se exalta la figura del intruso. El corazón, órgano esencial dentro de la estructura tanto física como simbólica no es el suyo, aquel con el que nació. ¿En qué momento puede decirse que dicho sujeto ha perdido su identidad? “Metafóricamente, una enfermedad de los pulmones es una enfermedad del alma. El cáncer, que se declara en cualquier parte del cuerpo, es una enfermedad del cuerpo. Lejos de revelar nada espiritual, revela que el cuerpo, desgraciadamente, no es más que el cuerpo.” (Sontag, 2008, p. 28).

Frente a la presencia de un cuerpo estanco, subvaluado, casi transformado en cosa, se encuentra que hay una grieta por donde éste se escurre quedando al resguardo de su propio movimiento. Es Baruj Spinoza, filósofo del siglo XVII, quien plantea la idea de unidad. No hay un ánima (alma), que condiciona y está por encima del cuerpo, sino que su relación de iguales los equipara saliéndose de la dualidad cartesiana. Para Spinoza el cuerpo guarda un infinito de potencias que merecen ser exploradas, por lo que advierte: “...nadie sabe lo que puede un cuerpo”. (Spinoza, 2007, p. 197). Detrás de esta declaración queda una sensación de liberación en donde el cuerpo se desdobra en lo que es y en lo que puede ser. Esta facticidad se vulnerabiliza en la potencia que alberga cada cuerpo. Al tiempo en que se intenta definirlo este puede transformarse y convertirse en un desconocido.

El yo, antes subsumido y encadenado ahora ya no se encuentra dentro de un envoltorio, forma parte de esa unidad, pero ya no uno dentro del otro. Aparece la idea de mezcla. Mientras el envoltorio queda siempre por fuera y separado de lo que envuelve, ahora en la relación cuerpo/alma, lo que se exalta es la unidad en donde ya no se puede separar lo uno de lo otro. Spinoza subvierte la relación con el cuerpo. Lo que antes podría encadenar ahora libera. El cuerpo lejos de limitar empuja hacia un espacio desconocido. La respuesta que pudiese haber sido resuelta por el cuerpo fáctico resulta insuficiente para definir la identidad del sujeto. Aquello que es ha dejado de serlo, la idea del cuerpo fáctico tiende a un anclaje que ya no tiene. A partir de la declaración de Spinoza, “...nadie sabe lo que puede un cuerpo”, no sólo éste ya no es algo con lo que se carga sino que ahora es lo que propulsa, se destituye la quietud por el movimiento.

Spinoza considera al cuerpo en una dimensión cinética, no se lo puede pensar sino en movimiento. Funciona como una condición de base, hay una asociación inseparable entre el cuerpo y el movimiento. Este, puede ser lento o veloz. Será la relación de velocidades o de lentitudes lo que constituirá su forma, su *cinética*. En este punto las dos ideas de cuerpo, fáctico y cinético se contraponen. Mientras que la regla para el primero es la quietud para el segundo lo será el movimiento.

Así como el cuerpo se mueve sucederá lo mismo con el pensamiento. Todos los hombres son idénticos entre sí, cuentan con estos dos atributos (cuerpo-pensamiento). Pero si todos los hombres cuentan con los mismos atributos, ¿Podría legitimarse que son iguales? Lo idéntico-identitario sólo puede darse en reposo. Estos dos atributos que constituyen al hombre están sujetos a una *cinética*. El tipo de movimiento que establezca cada sujeto será su particular modo de ser. El hombre es un particular modo de ser, modula, y al hacerlo se singulariza, se distingue de otros hombres que a su vez también modulan de una manera distinta. No puede replicarse la cinética de un hombre en tanto cada movimiento es particularísimo.

Spinoza en su *Ética demostrada según el orden geométrico*, comienza enunciando una serie de definiciones a través de las cuales estructura el desenlace de proposiciones, demostraciones, corolarios, escolios, lemas y axiomas. Para Spinoza todo es parte de la misma *substancia* infinita. “Una substancia es necesariamente infinita”. (Spinoza, 2007, p.51). En este caso se podría decir que todo cuerpo forma parte de esta misma *substancia*. Al ser la *substancia* un denominador común, al nivel de las *substancias* todos los hombres son iguales. A su vez, esta *substancia* tiene distintos *atributos*. Aquí, puede todavía haber puntos en común entre distintos hombres, pero ya no en todos los hombres. Cada hombre tendrá un atributo, pero no lo hace único, ya que un mismo sujeto podría compartir el mismo atributo con otro, pero no con todos. “Cuanto más realidad o ser tiene una cosa, tantos más atributos le competen”. (Spinoza, 2007, p. 55).

Avanzando sobre este razonamiento, se alcanza la idea de *modo*. El *modo*, es el elemento más singular del sujeto, aquello que lo hace único y distinto de cualquier otro. “No percibimos ni tenemos conciencia de ninguna cosa singular más que los cuerpos y los modos de pensar”. (Spinoza, 2007, p. 112). Spinoza traza un recorrido de lo más universal, la *substancia*, a lo más singular, el *modo*. El *modo* como concepto presenta algunas complejidades. Esta fue la razón por la cual Gilles Deleuze, creyó necesario dedicarle algunas clases en el marco de un curso que dictó para alumnos universitarios. Para una mejor comprensión explica que el *modo* de ser es una *manera* de ser. “Una manera de ser. ¿Y dura una manera de ser, tiene una personalidad, una individualidad? [...] ¿Qué implica entonces una manera de ser? Y bien quiere decir qué yo estoy dentro. ¿Yo estoy dentro de qué? Soy en el ser del cual soy una manera [...] estoy hecho como una manera. Y bien, estoy hecho de la manera siguiente: cuerpo y alma. Es decir, soy a la vez un modo de extensión por mi cuerpo y un modo del pensamiento por mi alma.” (Deleuze, 2008, pp. 46-47).

La ingeniería genética podría exaltar la figura del cuerpo fáctico. El avance de esta ciencia permite pensar la clonación, la simetría, lo idéntico. Las estructuras físicas son replicables, pero no así el sujeto y su identidad. En este punto el modo de ser *spinoziano* o la manera de ser *deleuziana*, sugieren el cuerpo cinético. En el orden de las sustancias y los atributos todos los hombres son iguales, pero el modo es singular. La idea modular se puede asociar a la fugacidad. Es posible sujetar, anclar o encadenar la estructura física de un cuerpo, pero hay algo de esta unidad hombre que se escurre, ¿se puede capturar el modo, su identidad?

El movimiento es por naturaleza inaprensible. Si el hombre es una modulación resulta complejo capturar esta cinética. Se analiza y estudia las huellas que dejan estos movimientos, se persiguen los rastros y cinceles que quedan en el ejercicio como existente. Cada acción tiene infinitos registros modulares. No podrá encontrarse dos hombres que puedan ser de la misma manera. El hecho de ser es atravesado por un tipo de modo que lo hace único. Este paradigma fragiliza la idea de universal siendo el *modo de ser* el ícono de lo singular.

El pasaje: la identidad como potencia.

“¿Cuál será la tarea de la filosofía como ética? Será acceder a este conocimiento del cuerpo y a esta conciencia del alma que sobrepasan el conocimiento llamado natural que tenemos de nuestro cuerpo y la conciencia natural que tenemos de nuestra alma. Habrá que avanzar hasta descubrir este inconsciente del pensamiento y este desconocido del cuerpo. Y los dos no hacen más que uno. Ustedes son una manera de ser. Eso quiere decir que son un conjunto de relaciones de velocidad y de lentitud entre moléculas pensantes, que son un conjunto de relaciones de velocidad y de lentitud entre moléculas extensas. Todo eso es lo desconocido del cuerpo y lo inconsciente del pensamiento.” (Deleuze, 2008, pp. 50-51).

Es una cuestión de accesos. La manera de ser es un pasaje, una manera de transitar el acto. La idea de *acceso* sugiere pensar el sujeto de paso, pensarlo en el marco de un movimiento propio que lo constituye. Ingresa al pasaje de una manera pero en la salida del mismo se produce una transformación. En ese espacio intermedio, *el pasaje*, el sujeto cambia de estado y experimenta distintos tipos de modulación. Así, no se define al hombre por lo que es sino por lo que *puede*.

En el ámbito de las potencias (posibilidades), todo es singular. La identidad del hombre encuentra un registro. El acceso, es un acceso a sus potencias: “Una vez más se trata de la pregunta ¿Qué puede un cuerpo? ¿Qué puedes en virtud de tu potencia? [...] He aquí entonces que la potencia constituye la escala cuantitativa de los seres. Es la cantidad de potencia lo que distingue un existente de otro. Spinoza dice muy a menudo que la esencia es la potencia.” (Deleuze, 2008, p. 75).

Se produce un desplazamiento, frente al interrogante por la naturaleza constitutiva del hombre, se plantea la inquietud por su potencia, ya no se trata de dirimir sobre qué es un hombre, sino por lo que es capaz de hacer, la pregunta ¿qué es un hombre? se reformula por ¿qué puede un hombre? En el marco de las potencias se encuentran rasgos específicos que no implican la substancia-esencia del hombre pero sí aquello por lo que se lo puede reconocer. Pensar un sujeto singular es un ejercicio que no puede ser abstracto. En el momento en el que se piensa a un determinado hombre no se lo puede escindir de sus actos. Así, junto a Deleuze y Spinoza, puede pensarse que la identidad del hombre es la identidad de su potencia en acto. Esto implica que la identidad del sujeto no es definitiva, su manifestación es de acuerdo a un instante, al momento del acto mismo. Se presenta y al instante se desvanece. La secuencia potencia-acto se repite en forma constante, pero nunca de la misma manera. Cada variación es una nueva posición identitaria. El sujeto experimenta distintas potencias que traen consigo distintas identidades. Hay una relación entre los distintos ejercicios, un vínculo entre los posibles. El estudio sobre la cinética del sujeto permite una mejor comprensión de su identidad, no asociada a lo que es sino a lo que está *siendo*.

“Todo está en acto a cada instante, a cada instante mi potencia está efectuada [...] ¿Qué es lo que efectúa mi potencia? El concepto de potencia en Spinoza estará en correlación con el concepto de afecto [...] Mi potencia es una capacidad que no existe nunca independientemente de los afectos que la efectúan.” (Deleuze, 2008, pp. 93-94). Las posibilidades (potencias) con las que cuenta el sujeto se verán condicionadas por sus afectos. Hay una potencia que es llenada por un afecto. La mezcla de los dos elementos produce una combustión que se representa en una efectuación que se deja ver en un acto. El sujeto hace de catalizador en donde se fusionan estos dos elementos. El momento en el que se produce el acto es porque lo que -hasta hace un momento- era sólo potencia entró en fusión con un afecto y se produjo un nuevo acto en el que todos los elementos se ven sintetizados.

Este sujeto cuenta con la capacidad de producir la mezcla, pero esta será siempre impredecible y aleatoria. Hay distintas cantidades, intensidades, extensión de pasaje y velocidades. Todos factores que deben tenerse en cuenta para reconocer el acto. Es inherente al hombre estar produciendo constantemente distintas mezclas que lo irán componiendo o descomponiendo. En función del ejercicio alquímico que se haga, la potencia puede disminuir o aumentar, lo que no puede suceder es que no ocurra nada. Esta oscilación es propia de cualquier existente. “La potencia en sí misma no es una cantidad, es el pasaje de una cantidad a otra. Yo diría –inventó una palabra porque la necesito- que es literalmente una cantidad transitiva, una cantidad de pasaje.” (Deleuze, 2008, pp. 96-97).

El hombre posee una potencia, “puede”, y ese poder lo constituye, lo define. Aquí es menester volver a introducir a Deleuze y su conceptualización sobre los incorpóreos, no se encuentra un lugar físico de localización. Hay un espacio de llenado. Repica una y otra vez la pregunta... ¿Qué llena al sujeto? El afecto ocuparía un lugar primario, pero pareciera no ser el único que integra esta potencia. El sujeto captura una serie continua de acontecimientos, muchos de

ellos quedan atrapados dentro de su estructura pero velados. Nada le será ajeno, todo acontecer deja su marca, pero no por ello se manifiesta. El ejercicio de efectuación de potencia y posterior conversión en donde surge bajo la forma de acto requiere de un proceso de re-velación. La condición básica del existente es el misterio. El sujeto no puede ser definido o explicado, su misma naturaleza cinética lo condiciona. No ver, estar velado, es una forma de conocer. La posibilidad de revelación no implica un mayor conocimiento, un dejar al descubierto, sino la efectuación de ese misterio, se lo presenta. Esta presentación no pretende resolver el misterio, sino articularlo, incluirlo y darle un carácter pese a su condición de inaprensible.

La verdad está tanto en la revelación como en el misterio. Se puede ilustrar el concepto tomando para ello el dispositivo fotográfico. Toda foto es un negativo y un positivo. Son dos representaciones de lo mismo. Revelar implica transitar el pasaje de un estado a otro. No es tan importante como quede la foto revelada sino más bien lo que suceda dentro del pasaje. La oscuridad es la condición para que pueda darse la transformación. Paradójicamente, en este proceso, la luz vela, interrumpe el pasaje. Aquello que se asocia a la posibilidad de ver mejor, aleja, encandila. Cuanta más luz se proyecte sobre el sujeto, menos se lo podrá comprender... La identidad se preserva en su misterio.

Se produce una búsqueda incesante de características que posibiliten definir al sujeto. La intensión es dejarlo al descubierto. Cuantos más elementos se tienen más se quiere conocer. En este tipo de clasificaciones se corre un riesgo: definir implica cosificar, ya que en tanto ser está en movimiento. En palabras de Proust: "...la persona amada es siempre una foto movida." (Proust, 1981, pp. 489-490). No puede retratarse aquello que como condición para ser necesita del movimiento. Hay una cuestión de accesibilidad. El retrato se preserva en su quietud, pareciera que aquello que está quieto facilita el abordaje. Sin embargo, aquello que se aborda ya no está. Es dificultoso salir de esta paradoja: ¿cómo abordar aquello que no se detiene? Sustituyendo la idea de captura por la de relación. Para descubrir o revelar, es necesario permitir que el negativo cambie de estado, sólo así puede verse su potencia. Si en el momento en que sólo se cuenta con un negativo se lo captura e inmoviliza, este no podrá convertirse en aquello que *puede ser*, conservando su estatuto de *es*, viéndose reducida no sólo su potencia sino también su identidad. Ese negativo, es un negativo, pero también todas las potencias que contiene. Spinoza desarrolla la idea de *relación*. Para ello toma como ejemplo las matemáticas. Lo que prima es la *relación* que une los términos, incluso más que las partes mismas. Para poder desarrollar el concepto se pueden tomar las matemáticas en tres módulos distintos:

- 1- Relación fraccionaria o fraccional. $2/3$, dos tercios no es ni 2 ni 3, no es un número entero, son $2/3$ (dos tercios). La fracción es irreductible a los términos, es independiente de los números que la componen. No se puede pensar la fracción sin la "/" (barra), es gracias a la relación que se puede realizar el ejercicio matemático. Cada vez que se hablen de dos tercios se

necesitará de una barra que habilite esa categoría que no es ni un término ni el otro.

- 2- La relación algebraica o de variables. X/Y . En este segundo caso se puede apreciar como los términos se han sustituido por variables. Donde antes había un 2 ahora hay una X y donde estaba un 3 ahora hay una Y. Lo que resulta interesante es que aquello que no puede sustituirse es la “/” (barra).
- 3- Cálculo diferencial. Ya había sido trabajada por Leibniz y Newton, pero Spinoza le va a asignar un nuevo valor filosófico. En la relación diferencial se encuentra a $d.Y$ que está en relación con “Y” y es igual a “0” (cero). También X es igual a “0” (cero). Se puede visualizar así: $d.Y/d.X = 0/0$. Aquí tanto los términos como las variables son igual a “0”. Se puede ver como en el cálculo diferencial a crecido aún más la “/” (barra), lo que prepondera es el *entre*. Los términos pueden desvanecerse, no estar más, pero la *relación* se sostiene, subsiste.

Se puede avanzar un poco más: $d.Y / d.X = Z$. ¿Y qué representa la Z? Z es lo que tiende al límite. En el lenguaje de las matemáticas esta Z se conoce por el nombre de tangente trigonométrica, tiende al límite, pero nunca lo alcanza. Los términos son evanescentes pero la relación no. Este $2/3$, o X/Y , o $d.Y/d.X$, o $0/0$ tiende a demostrar filosóficamente, que lo que prevalece es la *relación*, más que los términos, las variables o los diferenciales. La *relación* es un *entre*, se retoma la idea del pasaje, del nexa, el enlace. La figura del *entre* será desarrollada por Deleuze en su obra *La lógica del sentido*, donde toma el ejemplo de la chispa que se produce entre el choque de dos espadas. La relación se presenta como el límite, un infinito actual. A todo fenómeno le es propio la idea de un límite que se va desplazando, una “/” (barra) que es borde, se mueve y significa el ejercicio. La relación sucede en movimiento, y cuanto más se mueve el sujeto menos se lo ve, pero más se lo comprende. Siempre que la “/” (barra) tienda al límite, nunca se la va a poder localizar porque en el momento que se la vea esta se habrá desplazado. El misterio inquieta y preserva este movimiento que pasa a ser una condición vital de cualquier existencia.

Lektón: un relato constitutivo.

Los estoicos, escuela nacida en Atenas hacia el 300 antes de Cristo, desarrollan la noción de los incorpóreos, reconociendo en su ontología a cuatro de ellos que afectarán el desarrollo filosófico posterior: lugar, vacío, tiempo y lektón. La idea de lo incorpóreo implica trabajar sobre una diferencia entre la *verdad* y lo *verdadero*. En este caso, la conceptualización se presenta en la siguiente estructura: la *verdad* es que el hombre es un cuerpo, mientras que lo *verdadero* es incorpóreo. ¿Cómo se piensa un incorpóreo? El hombre tiene un cuerpo, eso es verdad, pero también tiene un incuerpo. Ambas estructuras son constitutivas del sujeto. La potencia es incorpórea, y ésta a su vez es llenada de afectos, que también son incorpóreos. Hay algo del hombre que permanece invisible, se retoma la idea de aquello que está velado. En el marco conceptual de este trabajo, lo incorpóreo es considerado aquello que sucede dentro del pasaje.

Para cambiar de estado y revelar al sujeto pareciera necesario articular su identidad con uno de los cuatro incorpóreos reconocido por la escuela estoica: el *lektón* “lo decible”. Platón habría trabajado la diferencia entre aquello que se nombra y aquello que se dice. El sujeto podría haber sido nombrado originariamente de una manera, pero en el desarrollo de su existencia este nombramiento original pierde sentido frente a lo que el mismo sujeto dice. El nombramiento se produce una única vez, mientras que el decir es un ejercicio diario que constituye al existente. El *lektón* se expresa por un verbo, categoría léxica que indica el movimiento. Este elemento vuelve a enfrentar el *es* al *siendo*, como así también lo *fáctico* a lo *cinético*.

Cada sujeto es un entramado de historias personales, de decires, de sucesos que cuenta. Así lo vive Max, protagonista de *Supertext*, novela de ficción escrita por Leon de Winter: “Cansado de mi propia charla miré por primera vez en esa mañana el reloj [...] Había estado charlando y devanándome los sesos y de vez en cuando olvidaba que la doctora Jansen estaba a mi lado, sentada en el sofá. Contaba lo que ya sabía desde hacía mucho tiempo y todavía no había descubierto que tras las apariencias podía revelarse una verdad diferente. Pero hasta entonces no había contado las historias todas de golpe en un conjunto. Quizá ésa fuera la verdad de esta conversación: el nacimiento de una estructura que unificaría una serie de anécdotas.” (Winter, 1995, p. 159). Aquí la anécdota no es el acto ya vivido, sino una nueva experiencia que se vive al momento de contarla. Max había vivido todas las historias que lleva a su sesión de análisis, pero nunca las había contado. Esta nueva experiencia le resulta *reveladora* y descubre una verdad diferente, aquel negativo (retomando el dispositivo fotográfico), puede convertirse en otra cosa.

Cuando dos personas se encuentran, surge casi con inmediatez una pregunta que contiene y permite actualizar la relación: ¿Qué contás? Saber que cuenta la persona es conocer sus coordenadas, la posición en la que está. Se pierden las distancias entre la historia que se cuenta y el sujeto, quién está siendo en aquello que cuenta. El *lektón*, lo que dice, puede no ser *verdad*, pero si *verdadero*, la anécdota es aquello que lo revela. Enfrentados al relato que el sujeto cuenta... ¿Importa saber si tiene correspondencias con algún hecho fáctico? ¿Pueden dos sujetos contar una escena compartida de la misma manera? Aquí se desliza la identidad del sujeto, su singularidad, ese modo único de ser. “Por la tarde Boy me contó la historia de su vida. Según él, yo conocía los hechos, pero no el modo en el que él los había vivido.” (Winter, 1995, p. 228). El hecho en sí, sin nadie que lo relate, pierde todo su sentido. El “contar” le da vida al suceso, lo arranca de la quietud arrojándolo al movimiento. Mientras el sujeto “cuenta” se está revelando, cambia el estado, deja al descubierto su identidad. En el momento en el que se intente capturarla este puede volver al silencio, volver a la oscuridad sin dejar más rastros que el *lektón*. Aquello que dijo ya no está en ninguna parte, se incorporalizó, y cada vez que repita el relato se contará una historia diferente que nunca podrá ser la misma.

Permitiéndonos el juego lingüístico, podemos pensar que cuando un sujeto cuenta una historia, ésta, entre-tiene, es decir, tiene entre. ¿Entre qué y qué? Son espacios de movimiento explícitos. Mientras sucede el relato, la identidad del sujeto queda expuesta por el propio movimiento. Entretener es sostener el movimiento y que este pueda verse preservándolo de la oscuridad en la que se invisibiliza. En el momento en el que se detiene el relato pareciera que la historia se desvanece; sin embargo, la imposibilidad de ver no atenta contra la historia. La constitución identitaria del sujeto es un conjunto de anécdotas enlazadas unas a otras bajo la forma de un relato que por momentos estará expuesto y por otros retirado en el silencio. El hecho es estático y sólo entra en movimiento cuando se lo ejecuta por única vez. El relato vive en el movimiento, por momentos se silencia, pero está ahí, presente en el sujeto. Estos silencios son movimientos en la oscuridad, si bien no pueden verse, el relato nunca se detiene. Hay espacios *entretenidos*, en donde se lo puede ver y otros *intratenidos* en los que no.

Un nuevo incorpóreo: la identidad.

La identidad se presenta como un espacio vacío. El relato opera dentro de este espacio sin ocuparlo. Podría resultar contradictorio, pero no lo es, son incorpóreos. Una misma identidad puede contener infinitos relatos. Por esta razón se puede conocer muchos de los relatos que guarda una identidad, pero nunca todos, muchos serán un misterio y no podrán descubrirse. Cada lektón, cada enunciación es irrepetible. Ese contar trae consigo una combinación única que no puede sustituirse. No sólo cuenta un sujeto, sino que también esto sucede en el marco de un tiempo y un espacio. Aquello que se cuenta es un instantáneo que irrumpe en el silencio al que después regresa. El lektón (lo decible), forma parte de un punto de expresión en el marco de un silencio que funciona como un estado en el que se estaba y al que se vuelve. El silencio legitima el lektón siendo parte de la misma dinámica. Una vez más, sólo se puede pensar lo decible porque hay silencio, como sucede con la identidad, porque hay misterio.

El sujeto construye su identidad, siendo ésta, siempre una obra inconclusa. El ejercicio lektónico permite producir el ejercicio en el que mientras el hombre cuenta se constituye. No tener lo que contar, tiende a generar mucho temor. No tener algo que decir, no poder romper el silencio puede resultar una condena: la imposibilidad de cambiar de estado, de revelarse. La anécdota deja un registro de aquellas cosas que sucedieron y marcaron la historia del sujeto y lo legitiman. El no tener qué contar puede presentarse como una condena a la incorporalidad. Si bien nadie dudaría de la existencia del sujeto, no conocer su entramado de anécdotas, sus relatos constitutivos produce un vacío en el que el hombre puede convertirse en un fantasma.

Lo *decible*, guarda una íntima relación con el cuerpo cinético antes mencionado. El hombre que cuenta, entra en un movimiento que lo corporaliza. Este procedimiento lo atempera, genera la seguridad propia del cambio de estado. Descubre que es en el silencio, pero este puede ser transformado en *sona*, (sonido). “El mismo término “persona”, visto bajo ese punto de vista, toma una

nueva significación, ya que alguien podría decir: a través de la conciencia de la persona se per-sona (que literalmente significa “resuena a través de”), un agente transhumano.” (Frankl, 2006, pp. 72-73). En la síntesis de la misma palabra es posible encontrar las dos estructuras que conforman al sujeto: una corpórea, *per*, y otra incorpórea, *sona*. El sonido pasa a través una estructura por la que resuena, es un cambio de estado y de lugar, aquello que suena dentro puede salir. Contar algo es ponerlo fuera, y en el momento en el que se lo hace, el mismo ejercicio legitima. Si esto no sucediera, el sujeto no perdería su identidad, pero dudaría de ella. Quien toma una foto sabe que lo ha hecho, esto no quita la necesidad de verificar que la captura esté ahí, en la cámara. Aparece la fantasía de la acción que no podrá verse. Si el sujeto disparó la foto... ¿Por qué dudaría de la captura? Porque lo que captura no es lo tomado en el momento en el que lo hizo, es una aproximación. Necesita constatar el detenimiento virtual de un momento. En un futuro próximo la imagen será acompañada de un relato que la pueda mostrar en movimiento nuevamente y la signifique. Con el lektón sucede lo mismo: es una reproducción de algo que ya sucedió y se vuelve a contar. En el momento en el que se lo hace, este relato produce una transformación del suceso originario. No se trata de una versión de lo mismo, es un cambio de forma o mejor aún, un “más allá” de la forma. No hay una forma que les debe dar origen a todas las otras, sino una misma que tendrá infinitos orígenes. Cada vez que el sujeto cuenta va por un nuevo relato originario, legitima que no ha perdido la capacidad de introducirse en el pasaje, de cambiar de estados, de exaltar sus potencias, de verse resguardado por su identidad inaprensible. Sabe que lo ajeno, incorporado a sí mismo, conforma lo propio.

El sujeto tiene la posibilidad de cambiar de estado. El cambio lo hace inaprensible. Alejado del cuerpo fáctico, de una biología que anuncia y predice el devenir, se introduce en el enigmático desarrollo del cuerpo cinético, de un relato por contar. El sujeto cuenta su historia tantas veces que se termina convirtiendo en aquello que cuenta. En cada *decir* compone una nueva identidad.

Bibliografía selectiva

- Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, G. (2008). *Lógica del sentido*. Buenos Aires: Paidós.
- Frankl, V. (2006). *El hombre en busca del sentido último*. Buenos Aires: Paidós.
- Levinas, E. (2001). *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Nancy, J. (2007). *El intruso*. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu.
- Proust, M. (1981). *A las sombras de las muchachas en flor. En busca del tiempo perdido. Volumen 2*. Madrid: Alianza.
- Sontag, S. (2008). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Debolsillo.
- Spinoza, B. (2006). *Tratado de la reforma del entendimiento, Principios de filosofía de Descartes y Pensamientos metafísicos*. Madrid: Alianza.
- Spinoza, B. (2007). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza.
- Winter, L. (1995). *Supertext*. Barcelona: Circe.